

# El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.  
Redacción, Mayor, 24.—Teléfono 143.—Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 237.

Condiciones.—El pago será adelantado en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales París: Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fisher, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalem Strasse, 46 49.—La correspondencia al Administrador

## EL PAÍS DE LA VERDAD

En la hidalga y hospitalaria ciudad, se ha creado un mundo aparte, un mundo en el que para figurar hacen falta, no dos condiciones, sino tres: 1.º Ser hombre honrado.—2.º Tener valor para desenmascarar imbéciles y 3.º No servir para amparar en las columnas de nuestros periódicos, calumnias imbéciles ni infames insidias.

Aquí hay gente, en esta Jauja de los destinos, que tiene dinero, pero dinero honrado que no conserva la marca de la garral del usurero. Aquí hay *procazes*, en esta Jauja de los destinos, que cuando dicen algo, lo prueban y lo sostienen sin que jamás hayan vertido una especie, ni escrito una frase, que luego hayan tenido que retirar para eludir la responsabilidad de lo escrito ó de lo dicho.

Piensen los que viven en el «País del chantaje político», los eternos desgarradores de nombres y de honras, que todos los *procazes* de esta Jauja tienen su vida definida, hija de sus esfuerzos, y no viven del azar ni de la esperanza del dinero ageno viven del esfuerzo de sus puños sin más amo que sus conciencias.

Piensen que si bien es cierto, completámente cierto, que queremos atraernos al pueblo, no es para medrar con sus voces, es para apartarlo de esos embaucadores hartos de explotarnos a todos, pobres y ricos, detrás de un mostrador, con el que tratan de aparecer laboriosos y honrados para hacer en la sombra operaciones de real por duro con los pobres y golosas hipotecas con los ricos viciosos.

Piensen esos *super-hombres asquados* de nuestra existencia, esos que nos conocen por dentro y por fuera, que éstos

atildados de Jauja, estamos dispuestos, látigo en mano, á demostrar que conocemos bien á los de enfrente, y hay tela cortada para llegar hasta donde sea preciso.

¡Con que clarito y empezará pronto!

M. N. P.

## ¿Dimite Pidal?

Madrid 25 9 m.

Desde anoche viene circulando en algunos círculos políticos la noticia de que el Ministro de Marina señor Pidal ha manifestado que está dispuesto á presentar su dimisión, fundada en razones políticas, y particulares.

El Sr. Canalejas ha negado la noticia.

## JUSTICIA, Y NO POR MI CASA

En el Congreso va á haber una discusión atroz. Será el tema la justicia, y los oradores, Sol y Ortega, Gasset, Melquiades, y los oradores, Sol y Ortega, Gasset, Melquiades, Camalejas y Pepón. Según murmuraban los jóvenes vasistas, su Gran Señor ha compuesto, en cuatro noches, veinte frases de cajón, dos mil denuncias de á ochavo, y un párrafo tricolor.

Al oír tales diálatas, ¿por qué me sonrío yo? ¿por qué la guardia amarilla aclama á su único dios? ¿Por qué en mí, se agita hidrófobo el espíritu guasón? Y á los pájaros de cuenta ¿por qué les tiembla la voz?

Hay que hacer justicia seca, igual, severa, fechoz. Justicia en todos los casos; pero, por mi casa, no. En mi código está escrito: Pena de muerte, al ladrón. La propiedad es un robo ¿quién no limitará á Benno? Quiero jueces á mi hechura, que fallen á mi favor. Si pierdo pleitos ¿no es justo que hable mal de Salomón? PACO PICA.

## REMITIDO

Cartagena 25 de Mayo de 1912.

Sr. Director del periódico El Eco de CARTAGENA.

Muy Sr. nuestro: Rogamos á V. dé cabida en su periódico el siguiente comunicado, por lo que le anticipan gracias. Ss. Ss. Sr., José Deckler, José Tul López, Alfonso Jorquera y Juan Jorquera.

En el periódico «La Tierra» se inserta un comunicado firmado por José Romero Martín, en el que se nos atribuyen ciertos hechos deictivos como el de estrangular obreros, pisotear niños de pecho y maltratar mujeres. La índole de las acusaciones que se nos hacen en población donde todos nos conocemos creemos nos excusa de sincerarnos, pero como no se pueden dejar en pie estas acusaciones que perjudican al buen nombre de los que suscriben, con esta fecha presentemos las acciones pernitentes contra los que nos calumnian para depurar responsabilidades y dejar á cada uno en el lugar que le corresponde.

## Aviso á los necesitados:

El Judío Amarillo ha llegado.

## Una querrela

Sigue la tarea, no hay que desperdiciar momento ni ocasión para zaherir á cuanto algo representa en Cartagena y hoy tocó el turno á los señores de Jorquera.

«La Tierra» ese periódico de las buenas y justas causas, acoge en sus columnas una denuncia que nos consta es calumniosa en extremo y aunque no tiene la valentía de dar la cara y atacar de frente á los señores de Jorquera, se vale de subterfugios infinitos.

Nuestros queridos amigos los señores de Jorquera á quienes todos conocen en Cartagena, familia que tiene un nombre tan cartagenero, tan conocido y respetado por todos y que por tanto merecía pesarse y depurarse la falsa denuncia, creíamos habian de merecer algún respeto á «La Tierra» pero ya sabemos que si á esos fines sirve el intentar manchar con lodo un nombre no se paran en barras los amarillos que como en el fango viven no

llegan á creer que con sus movimientos se pican á los que habitan en regiones más puras y honradas que ellos.

Los Sres. Jorquera y sus dependientes han presentado la correspondiente querrela por calumnia.

Creemos que ese es el camino y que la mayoría de los asuntos que se debaten en Cartagena hay que llevarlos á los tribunales de justicia para ver si allí se puede poner coto á las ruindades y villanías de los amarillos que no reparan en medios.

## La bandera del «España»

Relación de las señoras que han remitido donativos que varían entre 00'5 á una peseta:

- Doña Catalina Cienfuegos, doña Felipa Vosqueso, doña Andrea Rora, doña Ginesa Flores, doña Angela Flores, doña Francisca Flores, doña Petra Flores, doña Josefa Flores, doña Amparo Sánchez, doña Petronila Martínez, doña Manuela García, doña María del Mar Cervantes, doña Josefa Salas, doña Isabel Carrasco, doña Juana González, doña Luisa Martínez, doña Ana Gil, doña María Castro, doña Petra Simón, doña Conrada Gómez, doña Carmela Jerez, doña Marcelina Perona, doña Elena Morales, doña Ginesa Frias, doña Carmen Sánchez, doña Beatriz Moreno, doña Araceli Giménez, doña Cándida Paterna, doña Beatriz Cervantes, doña Carmen Ruiz, doña María Josefa González, doña Carmen López, doña Juana González, doña Beatriz Lozano, doña Concha Lozano, doña Dolores Lacalle, doña Margarita González, doña Josefa López, doña María del Mar Sánchez, doña Angustias Gorez, doña María del Carmen R. sa, doña Rosario Gironés, doña Isabel Pérez, doña Teresa Haro, doña Emilia Cervantes, doña Beatriz Gómez Gómez, doña Carmen Gil, doña Ramona Tovar, doña Modesta Fernández, doña Matilde Pérez, doña Nicanora Moreno, doña Virgilia Quesada, doña Francisca Sebastián, doña Cirila Alarcón, doña Dionisia Rodríguez, doña Camila Campos, doña Ortensia León, doña Horacia López.

Suma anterior, 444 75 pesetas. Arroja esta relación, 3'50. Suma y sigue, 448'25.

## LA MODA

—Buenos días, señorita René.

—Buenos días. ¿También hoy madrugó usted? ¿Tanto como á mí me gustaría quedarme en la cama!

—Es preciso trabajar, señorita. Usted misma me sirve de ejemplo.

—¡Ah! Pero yo es porque necesito vivir de mi trabajo y mi trabajo comienza á esta hora; y luego, yo no soy de un país tan cálido como usted. Un país lleno de naranjos y de palmeras: ¿no? á mí el frío no me asusta.

En esto llegábamos á la calle. Los árboles del boulevard estaban negros por la lluvia que colgaba sus hilos de las ramas. La luz plomiza de la mañana se deshacía en los arroyuelos sobre la acera. El humo de los tranvías flotaba temeroso de emprender una ascensión por los espacios húmedos, bajo el cielo gris. Sonaban esos silbatos rígidos de los trenes en las mañanas de lluvia. Y un momento, entre la gente que desfilara hacia las oficinas, hacia los almacenes, nos despediamos.

—Hasta la noche, y que esos artículos salgan bien.

—Hasta la vista, y que esos ojos tan bonitos no se cansen sobre el bordado.

Y la señorita René, se iba, boulevard abajo, con su silueta fina y gracil, con su pasito saltarín y menudo, con su sombrerito de seis francos sobre la cabeza dorada y sedosa. Porque la señorita René, entraba en el taller á esa hora. Y has de saber, lectora amiga, que la señorita René tiene las manos más hábiles y la fantasía más delicada, para imaginar y realizar sobre los vestidos que luego compras en la calle de la Paz, en casa de Wort, en casa de Paquin, en casa de Redfern, los más complejos bordados argentinos ó áureos, rutilantes de pedrería ó irisados de sedas multicolores. En el taller trabajaba charlando con un centenar de compañeras, jóvenes todas como ella, y casi tan lindas como tú. En un restaurant cercano al almacén, almorzaba por un franco, á las doce. Tornaba á la tarea una hora después. Y á las siete de la tarde, cuando todas las luces de la ciudad estaban ya largo rato encendidas, y los escaparates fulgían esplendorosamente, y los arcos volcánicos temblaban ateridos á lo largo de las avenidas, y el agua negra

del Sena corría como arrastrando un tesoro flotante de topacios y de esmeraldas verdes y de cornalinas rojas al copiar las farolas de los muelles y de las fuentes, la señorita René volvía á casa.

—Buenas noches, señorita René.

—Buenas noches. Es usted tan exacto como yo.

—Es que acaba de cerrarse la biblioteca. Voy á dejar mis papeles y bajo á la calle á comer...

—Pues yo, subo á preparar mi comida.

—Pasaba delante de mí; subía y subía la escalera, hasta el último piso. A veces yo, que abría mi puerta, le decía en voz alta, al oírle cantar.

—Viene usted muy contenta esta noche.

—Yo siempre esoy contenta. Pero además, hoy es sábado. He cobrado mi paga, y mañana me levantaré tarde.

—Es usted más rica que yo. ¿Cuántos miles de francos tiene usted ahorrados ya?

—¡Oh, miles de francos! Todavía no tengo quinientos. ¡Estamos tan mal pagadas!

—Se hace usted la pobrecita. Tanto peor. Yo no estoy dispuesto á casarme sino tiene una buena dote.

—Usted ¿no se casa de ningún modo. Tendrá su prometida en España. Pero no importa, siempre seremos buenos amigos.

Cerraba su puerta, riendo. Por la mañana descendía alegremente; sus ojos eran más azules, de un azul de casulla pascua, de domingo y de cielo español. Sus labios, un surtidor de risas y de admiraciones ante las tolletes ante los sombreros, ante las flores, ante todas las cosas de la calle en fiesta.

—Tiene usted la alegría de París—le decía yo.—¿Es usted nieta de Mimí Pinsón?

—Yo no me parezco á Mimí Pinsón—me replicaba—más que en tener un solo sombrero. Soy juiciosa y formal. Usted lo sabe.

Era juiciosa, en efecto. Hasta la portera de la casa convenía en su virtud. Y ya sabeis cuán difícil es hacer creer en la virtud á un portera de París...

Una noche, entró silenciosamente. —¿Está usted triste, amiga mía?—le pregunté. —No. Un poco preocupada. El bor-

por un número que compró del «Lyod Republicano», y que luego sirvió para envolver el puñal.

Presidente.—En Vienne, tomé un té con su amigo Arcelin, luego fué á casa de una mujer y después á alojarse. Dijo usted que iba á Lyon á buscar trabajo. Luego visitó á los camaradas. ¿No es así?

Casario.—Sí, señor.

Presidente.—¿Pensaba usted que no lo volvería á ver?

Casario.—Sí.

El acusado hace el relato de su última etapa. Presidente.—¿No se le ocurrió, ni por un momento, desistir de su propósito? ¿No reflexionó usted que tuvo un padre víctima de los austríacos en el día que se encontraba? Era, no obstante, una fecha memorable, el 24 de Junio, fiesta para los italianos. Fecha que recuerda un día en el que la sangre de los franceses é italianos corrió á torrentes en las llanuras de Lombardia; para el aniversario de la batalla de Solferino. ¿Viva sensación en el auditorio.—

Casario.—Precisamente era la fiesta de la guerra civil. Todas las luchas entre los pueblos deben dominarse así.

Presidente.—De todos modos en Francia, había encontrado usted hospitalidad, y no hay palabra

blecimiento donde trabajaba, era con el propósito deliberado de ir á matar al presidente.

Casario.—Todo lo acepto menos las declaraciones del soldado Leblanc. Mal podía decir en febrero que iba á venir á Lyon á matar al presidente, cuando no tenía la menor noticia de que M. Carnot iba á visitar la población.

Presidente.—Aunque el sumario se ha instruido con sumo cuidado queda algo por establecer: la existencia de un complot. No espero que denuncie usted á sus camaradas, pero le hago la pregunta: ¿el asesinato ha sido la consecuencia de un complot?

Casario.—He obrado por mi cuenta—exclusivamente.

Presidente.—Sí, del sumario parece resultar que no tiene usted cómplices. Pero, ¿no ha sido usted el ejecutor de las venganzas premeditadas en Londres? Después de la ejecución de Vaillant y de Emilio Henry, parece ser que se recibió en el Eliseo un manuscrito trazado, no con tinta sino con sangre.

Casario.—No he tenido ningún cómplice.

Presidente.—Al día siguiente del crimen remitieron á Mme. Carnot una fotografía de Emilio Henry con estas palabras: «¡Está vengado!» (Sens-

metros; luego gritó usted: «¡Viva la Revolución!» Luego sucedió algo. Ha dicho usted en el sumario que el presidente le miró á la cara y que conservaba usted la sensación de aquella mirada.

Casario.—Yo no experimenté sensación alguna.

Presidente.—Lo cierto es, que después de haber ató usted de ponerse en salvo, gritando: «¡Viva la Revolución!» Afortunadamente no logró escapar, y tal vez lo hubiese conseguido de haber calculado mejor el golpe. Pues bien, el presidente Carnot murió de la puñalada que usted le dió, Casario; la acusación le dirá que este crimen lo ha cometido con premeditación, Usted detesta á todos los jefes de Estado, á todos los burgueses. ¿Reconoce usted que con mucha antelación tenía preparado el atentado?

Casario.—Explicaré eso en una declaración.

Presidente.—Usted ha aprobado la conducta de Ravachol, Vaillant y Emilio Henry, delante de varias personas.

Casario.—Y la apruebo.

Presidente.—Usted ha dicho: «¡Pobre Vaillant, no ha matado á nadie y se le guillotina!» Ha pronunciado frases violentas. Todo esto permite sostener que cuando provocó usted la salida del ta-